

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO:

DUELO DE TITANES

Seiza abrió la rejilla usando sus poderes de la Fuerza.

Se había asegurado de que no hubiese nadie al otro lado, y habían decidido salir por ese punto. Ella y Hoox descendieron el metro y medio que los separaba del suelo, y sólo entonces Hoox pudo ver que estaban en una pequeña despensa, como aquella en la que Hoox había conocido a la desafortunada Tisa, y le había explicado que la realidad no era como decía Manendra.

-Eh, Hoox -dijo Seiza, al ver que el imperial se había quedado quieto un instante.

Hoox parpadeó varias veces para ignorar el recuerdo, y se giró hacia Seiza.

-Sí, perdona -dijo él-. Vamos.

-No sé si estará monitorizando esta despensa -dijo Seiza.

-En realidad, estamos intentando llamar su atención -dijo Hoox-. Así podremos rastrearle.

-Esperemos que no tenga un plan de fuga -opinó Seiza.

-Si mi teoría es correcta, no lo tendrá -enunció Hoox con toda seguridad.

-¿Y si tu teoría no es correcta? -le replicó Seiza.

Hoox se encogió de hombros.

-Tryskho le matará en cuanto salga del campo de asteroides -dijo a continuación-. Pero seguro que mi teoría es correcta. Soy un estratega. Yo no me equivoco.

Seiza se acercó a los controles de la puerta. Se abrían a través de una pequeña célula fotoeléctrica que leía las joyas de los habitantes de Stige.

Pero el sistema de apertura de la puerta, en realidad, era un proceso mecánico. Tenía una parte informática, pero había un mecanismo.

Seiza cerró los ojos, se concentró y pudo ver en su mente el mecanismo detrás de la célula fotoeléctrica. Era un mecanismo relativamente sencillo. Entre sus poderes de la Fuerza y las lecciones que le había dado Halkias, no tendría dificultad en abrir la puerta.

La puerta permaneció cerrada.

-Bueno, quizá no sea tan fácil como creía -pensó Seiza-. Tal vez si le digo que pruebe combinaciones, supongo que antes o después encontraremos alguna que abra la puerta.

La puerta permaneció cerrada.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó Hoox en voz alta.

-Oh, cállate -le respondió ella, frunciendo el ceño y sin abrir los ojos.

La puerta se deslizó hacia un lado y pasó a estar abierta. A través de ella se podía ver un pasillo.

Seiza parpadeó un par de veces y empezó a caminar hacia el pasillo.

-Este tipo de emociones me acabarán arrastrando al lado oscuro -pensó Seiza-. Sobre todo, si insisto en negarlas.

Hoox la siguió hasta un pasillo inmaculadamente limpio totalmente vacío. Ni una sola persona estaba allí, ni había pasado por allí en los últimos días.

Una puerta se había abierto.

Era totalmente imposible que una puerta se abriese sin el consentimiento expreso de Manendra. Todos los civiles y todas las tropas estaban en puntos específicos controlados.

Pero se acababa de abrir una puerta en pleno complejo 1, según la joya de identificación de un habitante del complejo 4.

En una fracción de segundo, Manendra comprobó la ubicación de ese ciudadano. Las joyas le permitían tenerlos a todos bastante controlados, sí. Uno de sus monitores reflejó la identidad del sujeto, incluyendo imagen. Otro de los monitores mostraba la localización actual del sujeto, en el complejo 4.

Y otro de los monitores mostraba la puerta que acababa de abrirse.

Con el pensamiento fortuito de quien hace esto sin pensar, Manendra cambió el monitor para que le mostrase el otro lado de la puerta.

-Te he localizado -pensaba el amo de Stige.

Y entonces vio el otro lado de la puerta.

Seiza estaba allí.

Con Hoox.

-¿Cómo es posible? -rugió Manendra, y su telepatía provocó migrañas a algunos de sus súbditos menos protegidos-. ¿Cómo es posible que el macho también haya sobrevivido? ¿Qué tengo que hacer para destruirles a ambos?

Seiza y Hoox se detuvieron en el pasillo. A diferencia de lo que pasaba con el resto de Stige, Manendra no les controlaba telepáticamente a ellos, pero ambos podían sentir el intenso gemido telepático. Su entrenamiento contra el control mental impedía que les diese dolor de cabeza.

-Le hemos localizado -dijo Seiza en voz alta y sonriendo.

Hoox también sonrió. Ahora ambos sabían dónde estaba Manendra exactamente.

La pregunta era si les iba a ser fácil llegar hasta allí.

Manendra empezó a preocuparse.

Esos dos iban demasiado directos hacia él, como si supiesen dónde estaba.

Si les enviaba a los soldados, a los insectos, a los kreogans... No lograría detenerles. Apenas podría retrasarles.

Podría destruir partes del complejo, pero esos dos tenían demasiados recursos. Seguramente escaparían, y Manendra sólo conseguiría quedarse sin equipo valioso.

Así que sólo le quedaba la última línea de defensa.

Utilizó su telepatía para enviar un mensaje.

-Ya lo sabemos, maldita sea -le replicó Darth Ksar en voz alta; él podía oírlo a través de los altavoces instalados-. Estamos preparados.

Ksar encendió su sable y realizó un protocolo previo al combate como calentamiento. El filo rojo dejó una hermosa estela mientras la gárgola sonriente lo giraba en una serie de movimientos predeterminados y tan mortíferos como bellos.

Cuando terminó, Ksar apagó el sable y se lo colgó al cinto; en sí mismo esto fue el último y más perfecto movimiento de la serie.

Hoox y Seiza corrían por un pasillo y, cuando éste se acabó, giraron de pronto a la derecha.

-Me siento herida -dijo Seiza.

Hoox, que iba un par de pasos por delante de ella, se paró y se giró rápidamente para mirarla.

-¿Te han atacado? -preguntó él, con la preocupación casi tangible en su voz.

-No -respondió ella, deteniéndose también y respirando un poco más despacio-. Precisamente, es por eso. ¿Por qué no nos ataca? Tiene tropas de infantería, y esos horribles insectos.

-Nos tiene miedo -dijo Hoox mientras se acercaba a ella para poder verla desde más cerca-. Está convencido de que destruiremos cualquier número de soldados o de insectos que lance contra nosotros. Por eso no malgasta unas tropas que, seguramente, serán de más utilidad en otro momento y lugar.

Seiza le miró, y una gota de sudor bajó desde su frente hasta la costra de la herida que Rougem le había causado.

-Pero no nos va a dejar llegar así como así -dijo ella.

-No -admitió Hoox-. Nos enfrentaremos a lo más grande que pueda lanzarnos. Darth Ksar, o cualquier otra cosa igualmente temible.

-No pareces preocupado por Darth Ksar -dijo Seiza-. Él logró ponernos en jaque a los dos juntos, y sin embargo...

-No saques ese tema -la interrumpió Hoox-. Ksar era como un hijo para mí. Lo acogí, lo eduqué... Y ahora esto.

Hoox suspiró deprimido.

-Bueno, ya está bien -dijo-. Vamos. Tenemos que enfrentarnos al más peligroso enemigo que ninguno hayamos tenido.

Seiza se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Él la

miró, extrañado, y se frotó la mejilla con la mano. Desde luego había sentido mucho mejor que las bofetadas, pero...

-¿A qué ha venido eso? -preguntó.

Ella se encogió de hombros.

-Suerte -dijo.

Hoox se acercó a Seiza, mirándola fijamente a la cara con todas las emociones que él había estado tratando de ocultar, y en sus atemorizados ojos verdes con pigmentos de miel podía leer sentimientos similares. Sin dejar de mirarla en ningún momento, le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y se inclinó para besarla.

Éste no fue un beso rápido como el anterior. Era un beso lento y pausado, en el que ambos, Jedi e imperial, expresaban todo lo que sentían el uno por el otro, todo lo que llevaban demasiado tiempo obligándose a negar. Era la expresión de algo incluso más puro y más grande que el poder de la Fuerza.

Ambos habrían dado cualquier cosa por conseguir que ese momento durase eternamente, pero Hoox lo acabó interrumpiendo, atormentado por los sentimientos de culpabilidad que venían de no estar cumpliendo su deber cuando debía hacerlo.

Seiza no le devolvió la mirada a Hoox inmediatamente. Estaba aún algo aturrida. Sus labios se curvaban en la sonrisa más feliz que pueda adoptar una persona sin estar bajo el control de Manendra. Se tocó con las yemas de dos dedos el labio inferior y, sin dejar de sonreír, miró por fin a Hoox. El imperial aún estaba intentando recuperarse.

-¿Y eso? -preguntó Seiza.

-Suerte -respondió Hoox.

Manendra calculó la ruta más probable que estaban siguiendo, siendo los datos de entrada el camino recorrido y el supuesto destino. Si la última línea de defensa estaba en el lugar equivocado, entonces...

No, la posición era correcta. Aunque estuviesen dispersos para cubrir más espacio, todos estaban en el lugar adecuado.

Un momento...

Manendra se fijó en por dónde iba a ir esa ruta.

Y entonces vio una excelente oportunidad.

Quizá al final no hiciese falta tanta última línea de defensa, sonrió el amo de Stige.

Seiza y Hoox seguían corriendo por los pasillos, en una extraña carrera en la que, al menos, no había un montón de gente disparándoles.

Ella se detuvo de pronto ante una puerta abierta.

-Alto -dijo.

-¿Qué pasa? -preguntó Hoox, frenando tras ella.

Seiza le señaló un estrecho puente detrás del pasillo. El

puede estaba extendido entre esa puerta y la siguiente, con un metro de anchura y casi treinta de longitud. La caída era probablemente de docenas de miles de metros, hasta el centro del asteroide.

-Tiene que ser una trampa -afirmó ella tajantemente, casi esperando que Hoox la rebatiese y dispuesta a discutir.

-Es cierto -le sorprendió Hoox-. Una cosa es no dispararnos mientras estamos cerca de algo valioso, y otra cosa muy distinta sería no aprovechar esa oportunidad de acabar con nosotros en un momento como éste. Apenas seremos patos en una galería de tiro.

-¿Qué es un pato? -preguntó Seiza.

Hoox le sonrió paternalistamente mientras movía la cabeza al comprender que acababa de superar el conocimiento del universo de Seiza.

-Creo que sería absurdo que avanzásemos los dos a la vez -dijo Seiza-. Primero pasará uno de los dos, corriendo, y después, cuando éste haya llegado al otro lado, el otro. Así, el segundo que pase sabrá qué es lo que Manendra le lanzará en el puente.

-Escúchame, Seiza... -dijo Hoox.

-Y yo iré primero -terminó ella, ignorando sus objeciones.

-No, Sei...

Antes de que él pudiese decir su nombre, ella ya estaba corriendo sobre el puente.

-¡Seiza! -gritó él, pero no quería seguirla. Si pasaba cualquier cosa y ambos estaban en el puente, el sacrificio de Seiza habría sido en vano.

Cuando Seiza estuvo a mitad de camino en el puente, exactamente a la misma distancia de los dos extremos, ambos extremos del puente explotaron.

-¡Seiza! -gritó Hoox, asustado.

Hoox se acercó al ennegrecido borde y miró hacia abajo.

Seiza estaba corriendo hacia uno de los extremos del puente. Ella podía ver varias aberturas en la pared, probablemente puertas o ventanas, y esperaba poder alcanzar alguna.

Desde el mismísimo borde del puente, Seiza saltó y se agarró a una de las ventanas.

La ventana estaba cerrada, pero las uñas de Seiza habían conseguido asir el borde, y ahora no necesitaba mucho más para subir. Sólo un estímulo.

Seiza miró hacia abajo, y no pudo distinguir el suelo.

Ya tenía un estímulo para subir. Sacando fuerzas de flaqueza, Seiza empezó su difícil escalada, llegando hasta el borde de una ventana que apenas medía treinta centímetros cuadrados.

-Ahora tengo que cargármela -pensó Seiza. Manteniendo un elevado nivel de concentración, utilizó la Fuerza para lograr que la ventana, cerrada herméticamente, se moviese

un poquito.

No se abrió.

-¿Dónde estás cuando te necesito, Hoox? -pensó Seiza, y entonces tuvo otra idea-. Espero no fallar en ésta.

El sable de luz de Seiza se movió desde su cinturón y empezó a flotar en el aire. Ascendió hasta estar a la altura de la ventana y entonces, espontáneamente, se encendió. El filo abrió un agujero en la ventana.

Seiza lanzó el sable hacia el interior; era más fácil que dejarlo de nuevo en el cinturón sin usar las manos, y no podía soltarse o caería.

Ahora, con un pequeño esfuerzo, Seiza subió. Se encaramó hasta la ventana, y entró en una pequeña habitación.

Allí estaba el gigantesco hombre de aspecto metálico al que Seiza había visto a bordo del "Azote de las Estrellas". Era ese monstruo que le había roto varias costillas a Hoox mientras ella manipulaba el ordenador de navegación.

Y ahora, él sostenía el pequeño cilindro metálico en su enorme mano, y lo miraba preguntándose qué era esa cosa que había entrado por la ventana. Aún no se había fijado en Seiza, pero no tardaría en hacerlo.

Hoox siguió mirando hacia abajo, aunque ya no podía ver a Seiza.

-¡Oh, pobre Hoox! -dijo una irónica y reconocible voz. El imperial levantó la vista y, en la puerta que había justo frente a él, al otro lado del puente si hubiese un puente, se encontraba Darth Ksar.

-Tú... -susurró Hoox.

-Parece que no tienes suerte con las mujeres, viejo maestro -dijo Ksar, sonriéndole con sus repugnantes dientes.

-¡Si estuvieses aquí...! -amenazó en vano Hoox.

-Bueno, podría estar -dijo Ksar sonriendo-. Apártate de la puerta.

Hoox no se movió de donde estaba.

Ksar movió algo de piel hipertirante que tenía encima de un ojo, y retrocedió unos pasos. Después, mirando hacia Hoox, echó a correr y, al llegar al borde, flexionó todas las articulaciones de sus piernas, y saltó más del doble de lo que podría saltar un humano normal.

Después del décimo metro, parecía casi seguro que llegaría a la puerta.

Después del vigésimo, empezaba a ser dudoso.

Después del vigésimo quinto, estaba claro que no lo iba a conseguir.

Empezó a caer, aunque se esforzaba por llegar a la pared. Logró tocarla con los dedos de una mano, extendiendo su brazo hasta lo imposible.

Y se quedó pegado.

De algún modo, las alteraciones corporales de Ksar

incluían la forma de pegarse a las paredes como una verdadera araña.

Ksar empezó a subir los pocos metros que le separaban de la puerta. Hizo una acrobacia y puso sus pies en el borde mismo de la puerta. Ahora sólo le quedaba girar ciento ochenta grados hacia arriba el resto del cuerpo, y estaría ante Hoox.

Pero, cuando lo intentó, Hoox le atacó con su sable. Ksar retrocedió y volvió a caer.

No le costó mucho pegarse de nuevo a la pared.

-Eso no vale -protestó Ksar-. Déjame subir, al menos.

Hoox le miró asomándose un poco, con el sable de luz encendido en la mano.

-Bueno, está bien, jugaremos a lo bruto -respondió Ksar. Utilizó la Fuerza para coger su sable. Saltó y agarró el sable con las dos manos. Hoox se mantuvo alejado, pero en guardia.

Los ojos de Ksar se clavaron en los de Hoox. Ksar fruncía el ceño mientras sonreía sádicamente. Hoox, por el contrario, no sonreía en absoluto. El tercer ojo de Ksar se cerró en una especie de guiño.

-Ha llegado el momento de la verdad -dijo el sonriente Ksar-. Pero tú no puedes matarme, ¿verdad? Eres demasiado sentimental. A fin de cuentas, tú me acogiste. Me educaste. Me enseñaste a pulir mis movimientos. Siempre fuíste como un padre para mí. Estabas ahí cuando te necesitaba... ¡Viejo maestro!

Mientras Ksar decía estas últimas palabras, levantó su sable y atacó a Hoox. Hoox detuvo el primer ataque con su propio sable, pero el siguiente ataque de Ksar sería por el flanco.

Hoox se dio cuenta en seguida, y apagó su sable. Giró el cilindro en su mano derecha como si fuese un inofensivo palito, y entonces Ksar le golpeó en el brazo izquierdo. No llegó a cortárselo, pero desde luego lo inutilizó.

Mientras tanto, el sable de Hoox, apagado, había logrado girar doscientos setenta grados y ya apuntaba de nuevo a Ksar. Hoox presionó el botón de encendido.

Al no haber previsto este ataque, Ksar no logró cubrirse a tiempo. El filo amarillo apareció a su espalda, y Hoox lo sacó de su interior cortando más a Ksar.

La gárgola había dejado de sonreír. Cayó de rodillas ante Hoox, vomitando sangre por la boca.

Hoox le pinchó con el sable. Ksar apenas se mantenía con vida, pero Hoox quería tirarle por el mismo agujero por donde había caído Seiza.

No lo consiguió.

Ksar expiró antes de llegar al borde.

Hoox se agachó y recogió el sable de Ksar. Lo sostuvo entre sus manos, sopesándolo, y decidió quedárselo. A fin de cuentas, los sables de luz son objetos muy escasos, y él

se había ganado ese trofeo.

-¿Señor? -preguntó una voz familiar.

El gigante miraba confuso el extraño cilindro que había entrado por la ventana. Había un botón, pero a él aún no se le había ocurrido que presionar el botón podría causar algún tipo de efecto.

Él estaba absorto contemplando el nuevo objeto, y Seiza le miró. Comprendió que, en realidad, ese monstruo con aspecto de mineral era más un necio que un canalla, y sintió cierta lástima por él. Dió unos pasos en su dirección, observando a la absorta criatura que ocupaba bastante espacio en una estancia afortunadamente grande (Parecía un gimnasio, o algo así).

-Él logró alcanzar una cápsula de escape -pensó Seiza- cuando destruí el "Azote de las Estrellas".

-Por favor -dijo en voz alta-, devuélvemelo.

Él no se había percatado de su presencia hasta que ella habló. La miró entonces.

-No -dijo, apretando contra su pecho el sable-. Es mío. Yo lo cogí primero.

-Escúchame -dijo Seiza intentando infundirle tranquilidad con la voz-, necesito que me lo devuelvas.

-No -repitió el gigante.

Seiza abrió la boca para decir algo más, pero el titán no quería escuchar más a la mujer mala que quería quitarle su juguete. Levantó su mano y la utilizó para golpear el suelo con toda la fuerza posible. El suelo tembló bajo los pies de Seiza, y ella cayó hacia atrás.

El gigante corrió hacia Seiza y la agarró con sólo una mano. Era una mano tan grande que todo el costillar de Seiza cabía en la presa. En la otra mano sostenía el sable.

Seiza vio cómo se le acababan las opciones cuando el ser metálico empezó a apretarle. Le miró fijamente a los ojos y movió su brazo ante su cara.

-No harás fuerza con esta mano -dijo en voz alta.

El gigante no era muy listo y, cuando hacía fuerza con una mano, normalmente hacía lo mismo con la otra. Le faltaba coordinación.

Y, al apretar con la otra mano, presionó el botón de encendido del sable.

El filo violeta cobró vida en el interior del puño metálico, cortándole de gravedad. El gigante, asustado, abrió ambas manos.

Seiza cayó sobre sus manos y pies, y se tomó unos segundos para respirar y preguntarse si esos golpes que oía estaban sólo en su cabeza. El coloso, ignorando a la mujer, cogió con cuidado el sable con su mano sana, y lo miró con odio.

-¡Tú eres una cosa mala! -le gritó al sable-. ¡Tú me has hecho daño! ¡Yo te aplasto!

El ser metálico apretó de nuevo el sable, y de nuevo apretó el botón de encendido. Esta vez, sin embargo, estaba mirándolo desde demasiado cerca y por el lado equivocado. El sable surgió de su interior y le perforó la cabeza.

La criatura empezó a caer hacia adelante, y Seiza comprendió que había muerto. Se apresuró a usar sus poderes telekinéticos para "llamar" a su mano al sable, antes de que quedase sepultado, y probablemente aplastado, bajo todas esas toneladas de roca.

Entonces, Seiza comprendió que los golpes que oía no estaban en su cabeza.

Alguien estaba aporreando la puerta como si fuera con un ariete.

La puerta se rompió de golpe y cayó al suelo, mientras permitía el paso del inmenso reptil, parecido a un dinosaurio, que la había derribado a cabezazos. El reptil miró a Seiza y rugió.

-Oh, no -dijo ella-. Maestro Ashla...

-¿Señor, es usted?

Hoox se giró y vio a un pequeño jawa. Un examen más atento le reveló que se trataba de una hembra. El hecho de que hablase en Básico y el reconocimiento de la voz fueron más expresivos todavía: Era la gobernadora.

Esa pequeña jawa sólo respondía ante Hoox, y le había servido fiel y eficientemente desde hacía años. Se había encargado de todos los asuntos políticos, permitiendo a Hoox concentrarse en temas más importantes. Dados los resultados, Hoox no podría haber deseado mejor gobernador.

-Señor, tenemos un problema -dijo la jawa.

-Expóngalo, gobernadora -dijo Hoox. Acababa de terminar una pelea y ya había cambiado el chip para volver a ser un político.

La jawa sacó una pistola bláster del interior de su manga y apuntó a la cabeza de Hoox.

-Señor, yo no deseo hacer esto -dijo ella-, pero él me obliga.

Ella disparó una vez. Hoox activó rápidamente su sable de luz y lo utilizó para detener el disparo, y deflectorlo directamente hacia su fuente: Hacia el bláster. El arma recibió su propio impacto, y se rompió en varios pedazos. La mano de la jawa había sufrido daños, y ella la agitó intentando aplacar el dolor.

-S-señor... -dijo, frotándose su mano herida en el interior de la otra-. Gracias. Ahora tenemos que huir. Conozco el camino, si me permite.

-¿Y qué pasa con... -dijo Hoox mientras se agachaba para introducir su índice acusador dentro de la capucha de ella- esto?

Hoox tocó con su dedo una pequeña joya que ella llevaba en la frente.

-Señor, todavía no es defini... -empezó la jawa, pero Hoox la interrumpió. La pequeña alienígena empezó a sentir cómo su tráquea era aplastada.

-Ya basta de tanta farsa -la mano derecha de Hoox estaba curvada en un gesto típico para estrangular usando el poder de la Fuerza-. Ha sido un buen intento, Manendra. Has traído a alguien por quien yo estaba dispuesto a preocuparme, y la has enviado contra mí.

La alienígena se sentía ahorcada, y se había puesto de puntillas en un intento de evitar su ejecución.

-Pero tenías que matarla, ¿no es verdad? -continuó Hoox-. No dejaste nada de su mente original. No querías correr el riesgo de que su iniciativa le permitiese escapar de tu control.

Las puntas de los pies de la jawa ya no tocaban el suelo.

-Has dictado todas sus palabras -acusó Hoox-. Hasta el último de sus ruegos. No sólo acabas con su vida, sino que además te burlas de su memoria.

La pequeña jawa, de menos de un metro de altura, había ascendido en el aire hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los de Hoox.

-Lo lamento, gobernadora -dijo él mirándola a esos ojos amarillos brillantes; la luz se reflejaba en la joya de su frente en el interior de su capucha-. No me interprete mal: No lamento lo que estoy haciendo. Lamento que Manendra la haya asesinado antes siquiera de que yo llegase.

Se oyo el sonido de huesos rotos, y el cadáver de la gobernadora cayó al suelo como un peso muerto.

En la mente de Hoox, una emoción apareció. Él sabía que no era suya, que era una emoción percibida utilizando el poder de la Fuerza. Era la última emoción de un moribundo.

Era gratitud.

El maestro Ashla avanzó con sus inmensos patas de tres garras y la mirada fija en Seiza. Aunque no tenía cejas, parecía tener el ceño fruncido

-¿Maestro, es usted? -preguntó ella.

El inmenso dinosaurio se acercó a Seiza. Ella estaba segura de que ése era el cuerpo de Ashla; todo lo que le faltaba por saber era si Manendra había logrado controlarle.

¡De pronto, Ashla atacó! La criatura saltó rugiendo, intentando caer encima de Seiza. Ella ya estaba familiarizada con este ataque, de los entrenamientos, y pudo esquivarlo con facilidad rodando por el suelo. Se puso en pie rápidamente y encendió su sable.

-Maestro, no quiero hacerle daño -dijo.

Ashla no respondió con palabras, y sólo volvió a rugir y adoptar una pose amenazante, con su inmensa cola erguida sobre su lomo.

Cuando Seiza empezaba a estar convencida de que Ashla se

había convertido en una bestia de mente tanto como de aspecto, su maestro, como tantas veces en el pasado, le sorprendió. La cola de Ashla empezó a vibrar rápidamente, y algún tipo de ondas golpearon a Seiza con la fuerza de un huracán. Ella intentó no retroceder, pero las vibraciones eran muy fuertes y cayó hacia atrás, perdiendo el sable.

-No es una bestia sin cerebro -pensó Seiza desde el suelo-. Éste es uno de los poderes de la Fuerza que Ashla intentaba reproducir a partir de esos textos milenarios de su logoteca.

Pero Seiza no podía seguir pensando en este tipo de cosas, porque Ashla se acercaba a ella con aviesas intenciones. Seiza razonó que, probablemente, intentaría pisarla, así que utilizó las disciplinas de combate que el propio Ashla le había enseñado para ignorar el aturdimiento y, tan veloz como le fue posible, saltó sobre su oponente, apoyando las manos en su cresta.

Y Ashla le golpeó con la cola.

Seiza salió despedida, casi catapultada, en otra dirección.

-¡Tonta, tonta, tonta! -se repetía en su mente-. Sigo pensando en él como Ashla, como alguien que me marcaría sin hacerme daño para abroncarme después. Ahora quiere matarme...

Ella giró sobre sí misma para aterrizar en pie y se preparó para combatir.

-...y yo debo detenerle sin hacerle daño.

Ashla corrió de nuevo hacia Seiza y volvió a saltar sobre ella, pero esta vez ella no se apartó. La inmensa sombra de su maestro le cubría, cada vez más grande.

-El tamaño no es importante...

Cuando Ashla estaba a unos centímetros de la cabeza de Seiza, ella lanzó sus dedos y pivotó, utilizando el impulso de su oponente contra él. La inmensa mole de Ashla golpeó el suelo lateralmente.

-Por un momento, no creí que fuese a funcionar -pensó Seiza al ver lo que había logrado hacer.

Ashla necesitaría unos segundos para levantarse sobre sus patas como troncos de árbol, y Seiza aprovechó esos segundos para correr hacia su sable. Volvió a encenderlo y miró a su rival, a su oponente... Y ojalá no fuera así.

-Otra de las cosas que me enseñó Ashla -pensó Seiza- es que la realidad no siempre es como nosotros quisiéramos. A menudo, hay que enfrentarse a lo que el destino nos ofrece, aunque no nos guste. Y nunca, nunca debes dejar de luchar por aquello que merece la pena.

Ashla avanzó de nuevo hacia Seiza, intentando embestirla con sus pinchos faciales.

-Veamos si he aprendido bien la lección, maestro.

Seiza se preparó para esquivarle hacia la derecha y, cuando estuvo segura de que Ashla lo había comprendido, en

el último instante posible, sólo hizo un amago de movimiento. Ashla, más inteligente que una bestia, cayó en la trampa y cambió su dirección hacia la derecha, embistiendo inofensivamente una pared. Seiza esquivó sólo un poco hacia la izquierda para que no le diese nada de refilón.

Ashla se giró de nuevo para mirar a Seiza, enfurecido. A través de sus visibles fosas nasales, expulsaba un vaho oscuro y de aspecto casi tóxico.

Seiza le miraba, manteniendo alta su guardia y poniendo su sable de luz entre los cuerpos de ambos luchadores.

Ashla levantó entonces una de sus inmensas zarpas delanteras, más grande que la cabeza de Seiza. Pero esta vez no hizo ningún movimiento para avanzar. Lo único que hizo fue mirar a Seiza con odio, y señalarla con las pezuñas.

De pronto, de las pezuñas surgieron relámpagos de luz azul. Con un sonido chisporroteante y un árido olor a ozono carbonizado, los rayos golpearon el cuerpo de Seiza. La joven Jedi cayó al suelo de rodillas, presa de un indescriptible dolor, mientras Ashla miraba cómo los relámpagos a su alrededor entraban dentro de su cuerpo. Seiza se echó hacia atrás, sufriendo, y sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

-Un Jedi... -intentó decir- no conoce el d...
¡Aaaaaaaaaaaaaarrrrrrggggghhh!

Ashla continuó lanzando los rayos, su rostro deleitándose en el sufrimiento de Seiza. La muchacha intentó relajarse y concentrarse. Un sistema de relajación Jedi le permitió ignorar provisionalmente el sufrimiento, que nunca el daño, y tener una cadena de pensamientos racional.

-El primer poder de la Fuerza que aprendí -pensaba ella- fue el modo de absorber y disipar energía. Esto es energía. Si funciona con disparos de blásters, debería funcionar ahora.

Seiza utilizó la Fuerza, se echó hacia atrás, se concentró, y puso los brazos en cruz. De sus ojos, de su boca, de las yemas de sus dedos y de varios puntos de su cuerpo surgieron en todas direcciones relámpagos azules muy similares a los que Ashla le estaba lanzando. Gritó de nuevo, pero ya no era un grito de sufrimiento; se parecía más al grito de un dolor que ella sabía destinado a desaparecer.

No se podía decir que ella hubiese resultado indemne después de eso; los relámpagos habían conseguido hierirla de gravedad. Pero, aunque su peinado ya no era lo que había sido una vez, estaba lejos de la derrota. Ella ya no era la niña despreciada por su padraastro que aprendía los caminos de la Fuerza con su viejo maestro. Ella era una Jedi, y se mostraría digna de tal nombre.

-No es tan importante conocer todos los poderes de la

Fuerza -le había dicho Ashla muchas veces mientras la adiestraba- como lo es utilizar con sabiduría los que conoces.

Ashla miró a la mujer, que se alzaba ante él, manteniendo su sable violeta amenazador en la mano derecha. La estudió con detenimiento. Ella le estaba mirando no con odio, sino con confianza, como si estuviera segura de que iba a ganar el combate.

El inmenso reptil levantó de nuevo su zarpa y volvió a lanzarle los relámpagos azules; si la primera vez había logrado herirla, un poco más lograría acabar con ella.

Seiza levantó su mano izquierda y atrajo hacia ella los relámpagos. Ashla, presa de la preocupación, dejó de lanzarlos, y entonces Seiza hizo un gesto con su mano izquierda, como si lanzase algo, y le devolvió los relámpagos, apuntando a un centímetro por delante de sus pezuñas. Con una pequeña explosión, el suelo se volvió negro, y Ashla retrocedió unos pasos, asustado. Seiza se permitió una sonrisa, pero no bajó la guardia; sostuvo el sable con las dos manos y ni siquiera prestó atención al hecho de que sus mangas y parte de ropa estuviesen levemente quemadas por haber lanzado electricidad.

Ashla intentó retroceder, y Seiza vió su oportunidad: Si ella lograba poner sus dedos sobre sus escamas, tendría una gran oportunidad para devolverle su mente. Rápidamente, ahora que tenía ventaja, se acercó a él. Ashla la miró con toda la rabia que podía expresar, como si su mera rabia fuese una expresión del lado oscuro (De hecho, era así, y Seiza casi podía sentir la energía maligna surgiendo del cuerpo de su antiguo maestro).

Ashla medía dos metros y medio hasta el lomo, y su cabeza era casi más grande que el cuerpo entero de Seiza. Manteniendo el sable listo en la mano derecha, Seiza extendió sus dedos para tocar la mandíbula de Ashla.

Entonces, dos inmensas bolsas aparecieron a los lados de la cabeza de Ashla y expulsaron su contenido sobre Seiza, cubriéndola totalmente de un viscoso líquido verde. Era un veneno natural que cubría a Seiza y parecía atacarla entrando por los poros de su piel. La ropa le protegía bastante, excepto en los puntos en que ya estaba rota, pero el rostro había sufrido daños realmente graves. En particular, al tener los ojos abiertos en el momento del ataque, Seiza se había quedado temporalmente ciega.

Ella retrocedió, aturdida por el ataque. El veneno le quemaba las venas; alguien sin entrenamiento Jedi ya habría caído inconsciente, o peor. Seiza era fuerte y sabía que su cuerpo podría destoxificar ese veneno si le daba tiempo, pero estaba claro que Ashla no se lo iba a dar. Iba a aprovechar su ceguera temporal para acabar el combate.

Ella caminó sin rumbo, con el antebrazo izquierdo cubriéndose los ojos, mientras Ashla se situaba a su

espalda y se preparaba para atacar.

-Hoox me enseñó a combatir sin ver -pensó Seiza-, usando sólo mis otros sentidos. Si acerco lo bastante el sable, el mastro retrocederá.

Cuando Ashla se acercó para atacar, Seiza acercó su sable.

Pero Ashla no retrocedió y siguió avanzando hasta que se encontró con el sable y lo atravesó.

Seiza oyó el rugido de muerte de la criatura a la que más había respetado en la galaxia, y sintió cómo su presencia en la Fuerza se desvanecía. Se sacó el antebrazo de los ojos y comprendió lo que había sucedido.

Aunque Seiza intentó abrir los ojos, aún no podía ver nada. Todo estaba demasiado borroso, era imposible enfocar... excepto por una cosa.

El maestro Ashla estaba ante ella.

Era una forma extraña. Totalmente definida, pero parecía ser transparente, como uno de los hologramas de Halkias. El borde de la figura mostraba una especie de aura similar a llamas amarillas. Pero era Ashla, de eso no cabía la menor duda. Era su maestro, no con el rostro de odio que le había mostrado durante su lucha, sino con el rostro de sabiduría que le había mostrado durante sus estudios.

-¿Maestro? -preguntó Seiza-. ¿Maestro, es usted?

Ashla sólo le sonrió.

-Maestro... -siguió ella, pero descubrió que no tenía forma de expresar sus preguntas.

-No pude resistir, Seiza -explicó Ashla, agitando un poco su cabeza-. Manendra me pilló por sorpresa mientras estudiaba los textos milenarios, en busca de formas de reproducir los poderes de la Fuerza olvidados. Me derrotó. Ésta era la única manera de liberarme. Gracias.

-Maestro... -repitió ella, frunciendo sus labios. Estaba a punto de llorar.

-Has hecho lo correcto, Seiza -dijo Ashla-. Pero ahora debes saber la verdad: Todo cuanto te ha contado Hoox, sobre mí, sobre Ksar, sobre Inocybe... Es cierto. No quise decírtelo antes porque temía que me rechazases, que huyeses de mí, y quedaban tan pocos Jedis que... Lo siento.

-No habría huído, maestro -dijo Seiza-. Ni siquiera el lado oscuro es intrínsecamente maligno. Odio, miedo y agresividad. ¿Acaso no es posible sacar algo bueno de eso?

Ashla miró a Seiza con interés.

-Si hubieses dicho eso hace setenta y cinco años -respondió-, habrías perdido toda posibilidad de ingresar en el Consejo Jedi. Pero todos los antiguos Jedi hemos muerto. Ahora, tú estás entre los nuevos Jedi. Enseña lo que has aprendido, Seiza.

-¿A quién? -preguntó Seiza.

Ashla se lo dijo.

-Maestro, ¿qué pasará ahora? -preguntó Seiza-. Su trabajo era muy importante.

-Deberás continuarlo tú -dijo Ashla-. Sabes dónde guardo mis notas.

-Pero... yo no estoy preparada -protestó Seiza.

-Eso es mentira y lo sabes -dijo Ashla-. Eres una Jedi, y tienes mucha más sabiduría que edad. Serás una gran maestra Jedi, mucho más de lo que yo jamás fui. No podría estar más orgulloso de ti.

Seiza se echó a llorar.

-Vamos, vamos, jovencita -la animó Ashla-. Ahora soy uno con la Fuerza. No quiero verte llorar por un viejo tonto que cometió demasiados errores en su vida. Mira hacia el futuro, Seiza. Se presenta glorioso para ti.

-Maestro, yo... -dijo Seiza entre sollozos, pero no pudo continuar. Si Ashla hubiese estado físicamente allí, ella habría ido a abrazarle.

-Yo también te echaré de menos, Seiza -dijo Ashla. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila y no por su apellido.

Hoox, un hombre lleno de recursos, había logrado atravesar con relativa facilidad la brecha que había sido un puente, y avanzaba con el sable preparado. Estaba especialmente enfadado por lo de la gobernadora, y había tomado una decisión. Manendra pagaría por todo eso. Vaya que sí.

Encontró su camino cerrado por una puerta corrediza. Se dispuso a sabotear los controles.

Y entonces oyó algo.

Parecía un gemido, muy débil. Hoox rastreó la zona utilizando la Fuerza.

-No puede ser -dijo en voz alta.

Se acercó al lugar de donde había venido el gemido, y encontró una puerta. Le bastó golpear el lector para que se abriese.

En el interior había un prisionero, encadenado a una pared por los más tradicionales grilletes. Un pequeño androide interrogador ITE-0 sostenía un extraño instrumento en uno de sus apéndices y se acercaba al prisionero. Cuando detectó a Hoox, la bola negra se dirigió hacia él, emitiendo unas pequeñas chispas que apenas tenían un alcance de diez centímetros. Con un solo movimiento de su sable de luz, Hoox cortó la esfera por la mitad. Ambos fragmentos cayeron al suelo.

Hoox giró la cabeza hacia el prisionero y se acercó a ella. Cuando pudo verla, reconoció su melena negra, aunque estaba despeinada y cubriendo su rostro. Hoox separó los cabellos con su mano y vio unos ojos tristes, doloridos e irritados. Pero reconoció los ojos.

Inocybe.

Ella le miró, sin reconocerle al principio. Sus labios tenían varios cortes y se podía ver la sangre en su rostro.

Era ella indudablemente.

Hoox utilizó el sable de luz, con la precisión de un cirujano, para cortar los grilletes que la retenían en la pared. Exhausta hasta el límite de sus fuerzas, Inocybe se derrumbó, y Hoox tuvo que sostenerla con sus brazos para impedir que se golpease contra el suelo.

Entonces, ella le miró a la cara.

-¿Hoox, eres tú? -preguntó.

Hoox asintió con la cabeza, sonriéndole.

Inocybe intentó sonreír, pero sus labios le dolían demasiado. Moviendo las comisuras, dejó clara cuál era su intención. Empezó a llorar, pero tenía un moratón en un ojo y le dolía más todavía. Se abrazó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

-Hoox... -dijo-. Hoox, no sabes cuánto he deseado que llegara este momento.

-Una y mil veces, yo también lo deseé -respondió Hoox.

-¿Entonces aún me quieres? -preguntó ella, mirándole

-Por supuesto que te quiero, Inocybe -respondió él-. Por eso espero que comprendas porqué tengo que hacer esto.

Hoox encendió de nuevo su sable de luz y le atravesó el estómago. Después, la dejó caer.

-Empecé a sospechar -dijo Hoox en voz alta, para los micrófonos que escuchaban- cuando comprendí que no había ninguna otra criatura viviente en un radio de más de un kilómetro. ¿Por qué retener un prisionero aquí? Necesité tocarla para comprobar mi hipótesis. Y esta vez has sido muy astuto, Manendra. Un clon. No estaba controlada mentalmente, sino que había sido adiestrada, educada, con el único fin de dirigirla contra mí. Ésta me la pagas, Manendra.

Fin del vigésimo primer capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.